

Cosimo PERROTTA

Paura dei beni. Da Esiodo a Adam Smith

Milán, Bruno Mondadori, 2008, 284 pp.

El libro *Paura dei beni* no sólo tiene interés para los estudiosos de la historia del pensamiento económico. También ayuda a comprender las bases filosóficas de la economía actual. Es la versión italiana abreviada de *Consumption as an Investment*, 2004, Routledge, y su traducción al español debería ser un proyecto prioritario. El 26 de enero de 2009 hubo un Encuentro Científico en torno al libro en la Universidad de Salento (hasta 2007 Universidad de Lecce), donde es profesor Cosimo Perrotta. En él, debatieron Bertram Schefold, de la Universidad de Frankfurt, Gilbert Faccarello, de la Universidad de París II, Alfonso Sánchez Hormigo, de la Universidad de Zaragoza y Vitantonio Gioia, de la Universidad de Salento. El debate quedará plasmado pronto en la revista *Storia del pensiero economico*.

El libro trata de un tema central en la economía, el desarrollo económico. Éste concepto, tal como lo vivimos hoy en día, es fruto de la cultura de la Ilustración, momento en que se identificaron dos modos de aumentar la riqueza de una sociedad. Uno, asegurar altos beneficios manteniendo bajos salarios y trabajos poco cualificados, y, por tanto, con un bajo nivel de consumo (es el “miedo a los bienes”); el otro, aumentar la calidad del proceso de producción a través del aumento del consumo, tanto individual como del proceso productivo (es decir, un “hambre de bienes”).

El primer tipo de desarrollo tiene sus problemas. Se da tanto en una economía estática y pobre, con tecnología primitiva, como en una economía con fuerte progreso técnico, como la de la revolución industrial inglesa. El problema es que este tipo de sociedad se hace muy dependiente del consumo exterior, como actualmente sucede con los países asiáticos.

El segundo modelo consiste en mantener los salarios altos e incrementar la cualificación del trabajo. Es el ejemplo de la Europa del siglo XVIII o de la actual economía europea. Sin embargo, este modelo ha encontrado también grandes obstáculos en su desarrollo. Y no por problemas de demanda, sino por miedo. En particular, por *miedo a los bienes*. En la cultura antigua y medieval, pero también en el humanismo tardío o en la preindustrialización, en que la aristocracia terrateniente era casi la única clase inversora, se mostraba desprecio hacia el enriquecimiento individual y al aumento colectivo del consumo. Se pensaba que el deseo de enriquecerse era netamente desestabilizador porque se consideraba que “la riqueza de alguien supone el empobrecimiento del vecino” y eso ponía en cuestión la distribución de la riqueza tradicional. Sin embargo, los autores mercantilistas, y luego los de la Ilustración, intentaron legitimar el enriquecimiento, tanto del individuo como de la

colectividad, basados en el consumo y en la cualificación del trabajo. La revolución industrial puso, de nuevo, fin a esta perspectiva, dado que la fábrica moderna ya no necesitaba trabajo cualificado, o sólo para una minoría dirigente. En esta línea podrían encontrarse autores críticos del capitalismo: por ejemplo, la *Acumulación de capital* de Rosa Luxemburgo bien podría describirse como un “miedo a los bienes”, además de basarse en el *profit upon alienation*. Es curioso que fuera precisamente la teoría de Rosa Luxemburgo la que llevó a Cosimo Perrota en 1987 a comenzar este tan destacable proyecto de investigación, con una nota suya publicada en *Annales Universitatis Mariae Curie-Sklodowska Lublin-Polonia*.

Actualmente, el segundo tipo de desarrollo económico cobra nueva fuerza, porque “el hambre de bienes” conecta desarrollo económico, bienestar social y civilización.

El libro también hace una perfecta descripción de las transformaciones que se han ido produciendo en las concepciones del tiempo a lo largo de la historia. Los antiguos planteaban dos teorías del tiempo, la progresiva (volcada en la imagen del futuro) y la del tiempo circular (volcada en la imagen del pasado), más conservadora. Pero, como muestra el libro, los escolásticos en cierto modo “intentan” romper con estas ideas del tiempo y plantear una teoría basada en el “presente”. Para los escolásticos, el tiempo era a-causal y dado a todos como un regalo, siempre presto a “perdonar las deudas”. Sin embargo, el suyo era un presente adusto, consumido por la imagen de la salvación. Un tiempo, en última instancia, sucesivo; un presente sito en la nada, como el de Sartre, que niega el ansia individual, y colectiva, de futurición. En cierto modo, ese tiempo anula el mismo tiempo. No consiste en una apropiación creativa del presente. Por ejemplo, los escolásticos criticaban el cobro de intereses porque lo veían como una forma de apropiarse del tiempo (de otros), cuando, dicen, éste es de Dios. En esa idea está *Songe du Vergier* que aconseja no preocuparse del mañana porque *ya Dios se preocupará de nosotros*. Esta crítica al interés basada en la tesis de que el tiempo es de Dios se encuentra sólo en el primer periodo de la escolástica; en el siglo XIII Enrico di Ghent la criticó. La lógica capitalista necesitaba como dimensión fundamental el futuro en el que se basa, en definitiva, la inversión.

La imagen de la Edad de Oro, a su vez, servía a los escolásticos para apelar a un “presente” pletórico, aunque al final la usaran como un mito para explicar todo. Pudo explicar tanto la crítica a la propiedad privada o la idea de comunismo cristiano de Vives (en la Edad de Oro, la propiedad era común), como la defensa de la propiedad privada que hace Domingo de Soto (el precio de oferta y demanda implica que el que no necesita el bien lo “deposita” en la “caja común” de la Edad de Oro para que lo tome el que lo necesite). Para los escolásticos la historia es sólo una sucesión caótica de eventos y valoran el progreso de forma escatológica, como llegada del final del mundo a la Edad de Oro.

Como el presente está más allá de la experiencia individual, es normal que, cuando el franciscano Duns Scoto delineó al individuo u Ockham defendió el empirismo, cada vez se elogiara más la vida activa de ese individuo, basada en la utilidad (en el futuro), que también Tomás de Aquino reivindica. Más tarde, en el mercantilismo penetra la idea de *progreso técnico*, que en el periodo escolástico se veía con reticencia, primero, dada su concepción del tiempo, también porque a los gremios no les interesaba la competencia. En cierto modo esa idea de “no individualidad” permanece en la tradición francesa del progreso de Rousseau. Frente a los antiguos, que despreciaban la pobreza porque valoraban la independencia (frente la esclavitud) y Locke, que incidió en una definición de libertad como independencia del individuo frente al grupo, Rousseau planteó la voluntad general como único medio para lograr la libertad (basado en que hay algo común entre los hombres, más allá de la idea de individuo).

También el libro trata la distinción escolástica entre pobres reales y fingidos. Pero la dialéctica de Soto frente a Medina parece estar parafraseando el debate sobre el tiempo entre escolásticos y arbitristas. Los arbitristas defienden el progreso como modo de justificar el poder establecido: Medina podría considerarse un conservador del *status social* emergente, un defensor del reino de la necesidad de *Machiavelli*. Con su idea de solidaridad forzada, justifica el sistema industrialista, y el supuesto contrato social entre ricos y pobres, que debían sentirse agradecidos por la solidaridad forzada por el estado, pero ¡no andar por las calles ni peregrinar!

Para finalizar, hay una tesis en el libro, digna de ser cuestionada, que consiste en mostrar a España sólo como un modelo negativo, del que muchos autores ironizaban —así sucedía en el caso del arbitrista o los *procuradores de remedios*, de los que se mofaba el Quijote. En el libro, la *Escuela de Salamanca* no se reconoce como innovadora, contra la tesis de Marjorie Grice Hutchison. Y es posible que la Escuela no fuera tan innovadora como querriamos. En realidad, las observaciones de Azpilcueta y Tomás de Mercado sobre la teoría cuantitativa del dinero son casi de sentido común, y ya se encontraban en Plinio o Copérnico. Pero sigue sin poder negarse que Salamanca fuera el centro del saber europeo en el periodo escolástico —aunque, como universidad medieval que era, se rigiera por la tradición. Fuente de doctrina iusnaturalista personalista que, significada en Francisco de Vitoria, tantas implicaciones tiene sobre la economía, mantiene la prioridad del derecho de la persona frente al Estado. Fue comparable en su momento a una Oxford o una Harvard posteriores y un centro difusor de ideas para compartir anales y conocimientos a nivel europeo. ¿Pueden decir esto de sí mismas muchas universidades actuales?

Estrella Trincado Aznar

Universidad Complutense de Madrid